

»sino á Dios y á su Santísima Madre, mandó conducir
 »al templo que se habia de dedicar á su nombre, la
 »dicha Imágen de la Virgen, colocada en un carro
 »muy rico, en especie y demostracion de triunfo. Con
 »tal celebridad, la Imágen de la Santísima Virgen,
 »conducida por la ciudad, fué colocada en la Iglesia
 »mayor, con una solemnisima procesion de obispos y
 »prelados, á quienes precedian muchas compañías de
 »soldados con sus banderas, siguiéndose el rey, con
 »gran acompañamiento de señores y ricos-Hombres.»

El no haber perdido el santo rey una sola batalla en tantos años de luchas con los moros, es una prueba de lo mucho que puede una confianza depositada en María. Ella iba con Fernando á los combates, y le alcanzaba del Dios de las batallas los triunfos que obtenia.

Interminable haríamos el discurso si hubiésemos ahora de fijar nuestra atencion detenidamente en los triunfos que por el amparo de María consiguieron Alfonso XI, que con la sola pérdida de veinte soldados cristianos, mató una inmensa multitud de moros; Don Juan II, rey de Castilla, Ramiro II, rey de Leon y Fernando el Católico, que siempre llevaba á las batallas la imágen de María, con la cual entró triunfante en Granada, dándole el título de la Victoria. Basta para terminar este relato, que traigamos á la memoria la célebre batalla de Lepanto. Gobernaba la Iglesia el inmortal y santo pontífice Pio V, cuando Selim II se propuso destruir toda la cristiandad, arruinar sus templos, quitar la vida á sus sacerdotes y colocar la media luna en todos los lugares donde ondeaba el estandarte de la Santa Cruz, disponiendo para este efecto una poderosísima armada con la que creia poder

conseguir el objeto que se habia propuesto. De acuerdo el Sumo Pontífice con el católico y muy piadoso rey de España Felipe II, y preparando otra armada inferior en fuerza á la del bárbaro otomano, determinaron salirle al encuentro, mas confiados en el auxilio del Señor que en el valor de sus soldados. Al efecto, confiando el éxito á la Santísima Virgen, colocaron su Imágen en cada una de las naves, dando el mando de la armada al invencible Don Juan de Austria y á Marco Antonio Colona. Entretanto que partieron al combate, quedó el Sumo Pontífice y toda la Iglesia pidiendo á Dios misericordia, y suplicándole con las mas fervorosas oraciones el feliz éxito de la empresa, ordenándose procesiones en las cuales se rezaba el santo Rosario para impetrar la proteccion de la Madre de Dios. Llegó el dia 7 de Octubre, memorable en los fastos de la cristiandad, y en él se avistaron las armadas. Los cristianos adoraron la Imágen de Jesucristo que iba en la bandera pontificia, y empezó una sangrienta y horrorosa batalla. Tres horas duró el combate sin que se decidiera la victoria, hasta que confiando en María Santísima, cargaron los cristianos con tal bravura sobre la capitana turca, que mataron á su capitan Halí-Bajá: clamaron victoria y la consiguieron tan completa, que mataron mas de treinta mil turcos, quedando por largo espacio el agua de aquella parte del mar teñida de sangre: apresaron ciento treinta galeras, echaron á pique mas de treinta, y rescataron mas de treinta mil cristianos cautivos (1).

(1) Llama á esta batalla de Lepanto el principe de los ingenios españoles, Miguel de Cervantes Saavedra, *la mas alta ocasion que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. En ella quedó manco el valeroso soldado é ilustre escritor.*

Tal fué el amparo y proteccion que entonces dispensó la Santísima Virgen á toda la cristiandad y principalmente á nuestra España. Despues en los siguientes tiempos, siempre su Patrocinio nos ha salvado cuando los enemigos de la fé han tratado de hacer nuevas conquistas entre nosotros: ella ha sido nuestro escudo de defensa; la que ha infundido un gran valor á nuestras tropas, la que de un modo visible nos ha manifestado el grande amor que nos profesa.

Necesario era, señores, que la España pensara seriamente en reconocer con alguna pública demostracion el Patrocinio de María, y esto estaba reservado para ser iniciado por el rey Felipe IV. Estudiando este monarca nuestra historia pátria, no pudo menos de conocer que á la Señora se debia el que la España se hubiese ido poco á poco recuperando del poder de los mahometanos, y tambien el Patrocinio que habia dispensado á los reyes sus predecesores, que en su nombre habian conseguido admirables triunfos, y como viese al mismo tiempo amenazado su trono, trató de ponerlo bajo su proteccion, creyendo afirmarlo de este modo. Acudió, pues, al Sumo Pontífice Alejandro VII solicitando espidiese una bula, por la cual se estableciese perpétuamente en España una fiesta dedicada al Patrocinio de María, la cual fuese una demostracion por parte de los españoles, de agradecimiento á sus favores, y con la que en cierta manera se le obligase á seguir dispensándolos á este reino donde siempre ha sido cordialísimamente amada.

Accedió gustoso el Vicario de Jesucristo á la peticion del católico monarca, y por bula dada en Roma á 28 de Julio de 1656, concedió que se celebrase en

todos los dominios de España por el clero secular y regular, una fiesta á María Santísima con el título del Patrocinio, concediendo de los tesoros de la Iglesia, indulgencia plenaria y remision de todos sus pecados, á todos los fieles que confesaren y comulgaren en el mismo dia de la fiesta, asistiendo á la Misa mayor y rogando por las necesidades de la Iglesia y del Estado. Esta fiesta del Patrocinio de Nuestra Señora, se estendió despues á toda la Iglesia universal por decreto de Benedicto XIII.

El sábio Pontífice Benedicto XIV, estriba en un principio católico y de fé esta festividad: conviene á saber, que María intercede por nosotros haciendo oracion en los cielos á su Hijo Jesucristo.

Ahora, señores, quisiera yo estar al principio del discurso, para poder hablar con detenimiento, así de los muchos y estraordinarios favores que la Señora ha dispensado siempre y en todo tiempo á los que se han acogido bajo su Patrocinio, como tambien de su poder para favorecernos, y de la misericordia con que pone en juego á nuestro favor este poder.

Pero ¿necesitaré insistir por mas tiempo en la demostracion de una verdad que os es tan conocida? ¿Habeis acudido alguna vez á esta amorosa Madre, que hayais salido desconsolados? No: no hay un solo cristiano que pueda quejarse de María. La multitud de templos que á su nombre se hallan dedicados en toda la estension de nuestra Península, llenos estan de recuerdos de sus ternuras para con nosotros. Si todos los bienaventurados gozan de poder de intercesion á favor de los mortales, el poder de María puede decirse que no tiene límites en el concepto de que Dios no le niega ninguna de sus peticiones. Que se

complace en favorecernos y dispensarnos sus beneficios y misericordias, es una cosa que nos prueba nuestra propia experiencia. Ved, pues, si tuve razon en decir que en María debemos fundar despues de Dios, la esperanza de nuestra salvacion: ahora bien, cristianos devotos de esta benéfica Madre, no os aflijais á vista de los peligros del mundo; si la tentacion os cerca, si la necesidad os visita, si la enfermedad os postra, acudid á María: veneradla con todas las emociones de vuestro corazon, con todo el fervor de vuestros votos, y os llenareis de consuelos. Venid animados por la fé, y enardecidos con el fuego del amor; venid y congreguémonos y refugiémonos en esta ciudad fortalecida: *Convenite et ingrediamur civitatem munitam.*

Bienaveturada Virgen, Madre de Dios y Madre nuestra; nosotros os ofrecemos en esta festividad un homenaje de accion de gracias, por los muchos beneficios que siempre habeis dispensado á este vuestro escogido reino y por los que individualmente nos habeis dispensado á cada uno de nosotros. Recibid, pues, nuestras humildes gracias, y los ruegos que os dirigimos, á fin de que nos sigais dispensando vuestro Patrocinio. En los calamitosos tiempos que corremos, cuando la impiedad, merced á las predicaciones de los apóstoles del infierno viene estendiéndose con tanta rapidez entre nosotros, necesitamos mas que nunca de vuestra proteccion y Patrocinio para no ser arrastrados por el torrente de la incredulidad. Acoged, Virgen Santa, bajo vuestro manto al Gefe supremo de la Iglesia que tanto os ama y que con tanto entusiasmo estiende vuestra devocion en el mundo cristiano; libradle de tantos enemigos como le rodean, y alean-

zadle la fortaleza de los mártires para que siga como al presente dirigiendo con tranquilidad y firmerza el timon de esta nave mística. El nombre de Pio IX irá siempre enlazado con vuestras gracias y será siempre en bendicion por la declaracion dogmática del Misterio de vuestra Concepcion en gracia. Como lo habeis hecho hasta el presente, favoreced á nuestros monarcas, rogad por el pueblo, pedid por el clero, interceded por el devoto sexo, y que todos experimentemos los efectos de vuestro Patrocinio. Alejad de nosotros toda suerte de calamidades, y ya que os llamamos esperanza nuestra, y que en Vos, Madre amantísima, tenemos puesta toda nuestra confianza, asistidnos en todo momento y muy particularmente en la terrible hora de nuestra muerte, en la que el enemigo de nuestra salvacion hará los mayores esfuerzos por perdernos. Estando Vos á nuestro lado, tendremos la dicha de morir con la preciosa muerte de los hijos, y despues de haber sido vuestros verdaderos devotos en la tierra, gozaremos de la completa felicidad que consiste en ver y alabar por siempre á vuestro Divino Hijo, que con el Padre y el Espíritu Santo, en Unidad de Esencia y Trinidad de Personas, vive y reina en la Sion santa de la gloria, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. *Amen.*